

HABITAR URBANO EN MONTEVIDEO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Valentina Torre

Victoria Jorge

Sofía Cardozo

Jimena Pandolfi

Equipo Sociología Urbana (Coord. Sebastián Aguiar), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

s.cardozodelgado@gmail.com

Resumen

La geografía de género ha realizado importantes contribuciones para comprender cómo las relaciones de género poseen un impacto directo en los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales que crean, reproducen y transforman los lugares en que vivimos. Incorporar esta perspectiva a los estudios sobre habitar urbano implica identificar cómo las construcciones culturales sobre lo masculino y femenino se traducen en relaciones asimétricas y de subordinación que se expresan en el espacio urbano.

En este trabajo se coloca el foco en identificar la existencia de fronteras simbólicas, espaciales y temporales que operan como mecanismos sutiles pero efectivos para demarcar usos diferenciados de la ciudad según género. El género, entonces, se erige como un elemento relevante para la identificación de imaginarios geográficos derivados de simbolismos, poder y significados que estructura distintas experiencias de segregación en el habitar urbano. Por un lado, se analiza cómo la estructuración de roles de género que definen la división sexual del trabajo determinan pautas diferenciadas de movilidad urbana. Por otro lado, se abordará aquellas experiencias y vivencias de miedo en la ciudad que emergen como específicas para las mujeres. Finalmente, se trabaja el fenómeno de acoso sexual callejero, entendiendo que el espacio urbano es un territorio masculinizado donde el cuerpo de las mujeres es el primer territorio a conquistar.

Así, se busca reflexionar sobre las consecuencias que el uso diferencial de la ciudad posee en la vida de las personas, fundamentalmente de las mujeres, así como la restricción de derechos al uso de la ciudad. A la vez, se introducen los modos en que las diversas estructuras de desigualdad como el nivel socioeconómico, edad, identidad de género o ascendencia étnico racial operan de modo interseccional en la estructuración de los usos, vivencias y visiones sobre el espacio público de Montevideo.

Palabras clave: habitar – género – interseccionalidad - espacio público

Presentación

La geografía de género o geografía feminista ha realizado importantes contribuciones para la comprensión de cómo las relaciones de género poseen un impacto directo en las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman los lugares en que vivimos y se manifiestan de modo específico en el espacio urbano (Little et. al., 1988). En este sentido, existen antecedentes de relevancia que dan cuenta de cómo el género incide en el modo en que se perciben

los espacios urbanos, el uso que varones y mujeres realizan de la ciudad, sus circuitos y movilidad. A la vez, fundamentalmente, incorporar la perspectiva de género a los estudios sobre el habitar urbano ha habilitado el análisis de cómo las construcciones culturales sobre lo masculino y femenino se traducen en relaciones asimétricas y de subordinación que se expresan en estos espacios.

El presente trabajo procura identificar la existencia de fronteras simbólicas, espaciales y temporales que operan como mecanismos sutiles pero efectivos para demarcar usos diferenciados de los espacios públicos a partir de las relaciones de género. En particular, el interés aquí se colocará en dos modos en que el habitar, fundamentalmente de las mujeres, se encuentra atravesado por las estructuras sexo-genéricas.

En primer lugar, se analizan un conjunto de experiencias cotidianas y sistemáticas que viven las mujeres en su tránsito por los espacios públicos denominadas aquí como acoso sexual callejero. La bibliografía antecedente ha señalado cómo existen diferentes escalas de territorio donde se construyen, reproducen y refuerzan la relación de desigualdad de género. En este marco, han señalado como el cuerpo femenino emerge como el primer territorio en disputa en esta relación de poder y el primer territorio a recuperar por las mujeres. (Falú, 2014) El acoso sexual callejero es, fundamentalmente, una violencia que se ejerce contra sus cuerpos ya que estos son el centro de dichas agresiones o alusiones públicas. Bajo este entendido, el primer apartado procurará identificar cómo los significados que estas experiencias adquieren no son naturales ni producto del azar sino que, por el contrario obedecen a criterios culturales históricamente construidos.

En segundo lugar, el énfasis se colocará en cómo las relaciones de género estructuran imaginarios geográficos derivados de simbolismos, poder y significados que conforman distintas experiencias de segregación en el habitar urbano. Con este objetivo se abordarán aquellas experiencias y vivencias de miedo a la ciudad que emergen como específicas (o con especial relevancia) para las mujeres. Se trata de temores particulares que se encarnan de modo distintivo entre éstas. Los espacios solitarios, descampados, estrechos en momentos de oscuridad evocan imágenes de amenazas y sentimientos de vulnerabilidad que operan como fronteras de segregación que limitan y restringen el uso de la ciudad para las mujeres.

Finalmente, y a modo de conclusión, se propone reflexionar sobre las consecuencias que el uso diferencial de la ciudad posee en la vida de las personas, fundamentalmente de las mujeres, así como la restricción de derechos al uso de la ciudad.

En la medida en que la evidencia empírica relevada lo habilite, se introducirán los modos en que la diversas estructuras de desigualdad como el nivel socioeconómico, edad o ascendencia étnico racial operan de modo interseccional en la estructuración de los usos, vivencias y visiones sobre el espacio urbano en Montevideo.

El cuerpo de la mujer en el espacio público

Los aportes antes mencionados de aquellas activistas y académicas feministas que contribuyeron a comprender cómo la desigualdad entre hombres y mujeres se hacía eco en las relaciones asimétricas en distintas escalas, nos muestran cómo estas se reflejan en el territorio, la vivienda, el barrio y las ciudades. Diferentes escalas de territorio donde se construyen, reproducen y refuerzan la relación de desigualdad de género, pero siendo el cuerpo el primer territorio en disputa en esta relación de poder, y el primer territorio a recuperar por las mujeres. (Falú, 2014)

Poner el foco en observar qué sucede con los cuerpos de las mujeres como territorio, nos permite comenzar a analizar cómo el habitar de éstas en las ciudades se ve transversalmente atravesado por la disputa de sus cuerpos en el habitar urbano. Un cuerpo que se pone en jaque en el transitar urbano y que evidencia claramente cómo el género afecta nuestro paso por la ciudad. El acoso sexual callejero es, fundamentalmente, una violencia contra el cuerpo de las mujeres, ya que estos son el centro de dichas alusiones/agresiones públicas. Así, el acoso sexual callejero resulta una forma de violencia basada en género en tanto comprendemos el componente de poder que opera en él.

Las mujeres que participaron en los diferentes grupos de discusión reconocen un uso diferenciado de la ciudad respecto a los hombres. Un uso que está fuertemente relacionado con el acoso verbal y no verbal que sufren en el día a día, y que deben tener en cuenta como uno de los principales condicionantes de su paso por la ciudad.¹ Esto evidencia la importancia de evidenciar el acoso sexual callejero como algo que impacta negativamente en el paso de las mujeres por la ciudad, y que por tanto necesita ser analizado en profundidad para comprenderlo como una forma concreta de violencia basada en género.

Según Patricia Gaytán (2009: 16) el acoso sexual callejero es una “interacción focalizada entre personas que no se conocen entre sí, cuyo marco y significados tienen un contenido alusivo a la sexualidad. En esta interacción, la actuación de al menos uno de los participantes puede consistir en acciones expresivas o verbales, toqueteos, contacto físico, exhibicionismo, entre otras, que no son autorizados ni correspondidos, que generan un entorno social hostil y tienen consecuencias negativas para quien las recibe”

El acoso sexual callejero es una forma de violencia basada en género hacia las mujeres en tanto este es ejercido por hombres de forma sistemática y cotidiana, y refleja en el espacio público la desigualdad de poder entre hombres y mujeres, y se convierte en una forma de violencia (que en otros contextos es indudablemente penado) ejercida principalmente por varones, en tanto son quienes tienen el derecho socialmente adquirido de perpetuar estas actitudes en el espacio público.²

Así, los cuerpos de las mujeres, elementos de lo que en primera instancia asumiríamos como parte de lo “privado” son colocados en la esfera pública, convirtiéndolos en un elemento más de lo “público” y por tanto, convirtiéndolos en un territorio que está en disputa, y puede y debe ser conquistado por “el varón”.

Masculinidad hegemónica y la calle como territorio masculinizado

En todos los grupos de discusión aparecen las alusiones a “ese varón” que ejecuta el acoso en el espacio público. Se hace referencia a un varón generalizado, pero al cual todos y todas entienden como una forma predominante de “ser varón” en la ciudad. Se debe indagar entonces en qué idea de masculinidad es la que se construye y reproduce a través de estas acciones, para comprender cómo encuentra su reafirmación cotidiana a través del acoso sexual callejero.

En términos de Bonino, la “masculinidad hegemónica” es la configuración normativizante de prácticas sociales para los varones que resulta predominante en nuestra cultura patriarcal. Relacionada fuertemente con la voluntad de dominio y el control, la misma es un corpus ideológico construido sociohistóricamente, que resulta de procesos de organización social de la relación mujer/hombre a partir de una cultura de dominación y jerarquización masculina. A través de esta masculinidad hegemónica se

¹ *No sé, parte quizás del miedo de ser mujer y lo que puede llegar a pasar siendo mujer, o sea, mi mayor miedo es que me pueda llegar a pasar algo... no que me vengan a robar, realmente no es lo que me importa. Si me venís a robar está todo bien... no, no está todo bien pero llévate todo lo que quieras. (..) Si te pasa que vas caminando por la calle y te van a diciendo de todo, de todo y todo el tiempo. No sé cómo la Intendencia puede llegar a regularizar eso, que no lo va a poder hacer nunca en la vida pero sí que me parece importante tener en cuenta que cierta población siempre va a estar un poco más insegura en algunos sentidos. Eso, me da miedo andar en bici hay unos momentos donde tengo muchísimo miedo, muchísimo miedo porque ta, está de menos. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

Todo se remonta a que la gente sepa respetar el espacio del otro, ya sea en el tránsito cruzando donde se debe cruzar... o respetando el espacio del otro literalmente no tocarme, no hablarme porque no te conozco, no necesito escucharte. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto).

² *Pero igual me parece diferente que cuando no sé, como se ve, está mal si o sea estamos hablando de los dos porque a nadie le importa la opinión del otro si le parece si uno es feo o no sé qué, pero por ejemplo si vos vas y le gritas a un hombre, no digo que está bien, pero él no se va a sentir amenazado por mí. En cambio yo estoy sola y un tipo me empieza a decir cosas yo creo que sí me siento amenazada, si es al revés, si yo le digo las mismas cosas, él no se va a sentir igual que yo - Si, no es lo más común y es como raro ¿no? porque yo una vez estaba en una parada con un compañero de trabajo y le gritaron, le gritaron del ómnibus unas gurisas y él me miró como sorprendido como diciendo " mmm que raro" - O estas bobiando o les falta algo (se ríen) Porque claro no es común. - Claro nunca le había pasado capaz. - "Están jugando" dijo él, claro porque de repente si hubiera pasado al revés lo ves todos los días, es habitual. (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo).*

define no sólo un modelo social sino también una forma particular de configuración de la subjetividad, la corporalidad y la posición en la que se pueden ubicar *el común de los hombres* (Bonino, 2002). Como explica el autor esta configuración de la masculinidad está marcada por la dicotomía y la desigualdad, por lo cual las diferentes formas de oposición e inferiorización de los otros es uno de sus principios fundamentales. Esta masculinidad necesita de otros, subordinados y opuestos, para reafirmarse.

Por su parte, Connell introduce la idea de la construcción activa de la masculinidad, en tanto la construcción de la masculinidad hegemónica es construida como oposición a variadas masculinidades subordinadas, al igual que como oposición con las mujeres. (Connell, 1987 en Shongut, 2012). La masculinidad hegemónica entonces es construida en clara correlación con las nociones de poder, y de hegemonía del mismo. Un poder que da autoridad y legitimidad a esta forma de construcción de masculinidad, que funciona más como *tipo ideal*³ del que los hombres se acercan o se alejan según sus prácticas sociales y culturales. Una masculinidad que ve su consagración en el acoso sexual callejero.⁴

Se desprende de lo anterior que la percepción que tienen las mujeres sobre nuestra ciudad y sus posibles formas de habitarla, está fuertemente condicionada por los mecanismos de denotación de poder que ejercen los varones sobre sus cuerpos. De esta forma, es el varón el que pauta las reglas del juego en el espacio urbano, el que tiene el poder y lo utiliza, masculinizando por completo el territorio público.⁵

Espacio público como territorio sexualizado

Abordar el fenómeno del acoso sexual callejero permite introducirnos en la idea de que el espacio público no es un espacio neutro, sino que es un territorio complejo donde se generan conductas y fenómenos socioculturales que se impregnan como parte de la cotidianeidad. (Martín de la Maza, 2014)

La mujer como sujeto en el espacio público no es construida como insignificante, sino que se construye desde la objetivación, como objeto del deseo, como cuerpo sexuado que los hombres tienen derecho a interpelar (Martín de la Maza, 2014). En este sentido, cotidianamente las mujeres están expuestas a dichas interpelaciones que las objetivan en cualquier calle de nuestra ciudad. Su paso por la ciudad es un constante recordatorio de que los suyos son cuerpos sexualizados sobre los cuales los hombres pueden pronunciarse.

De esta forma, la autonomía de las mujeres se pone en jaque en tanto sus cuerpos son cuerpos en disputa, no le pertenecen en tanto hay una serie de discursos construidos en torno a él. (Martín de la Maza, 2014). Son cuerpos que pierden autonomía en tanto intentan constantemente ser conquistados por un otro que tiene y ejerce su poder en este espacio. Así, nuestra ciudad se construye también a través de estas prácticas que hacen el habitar urbano, de hombres y mujeres, desigual.⁶

Sus cuerpos, objetos constantes de construcción de discursos de terceros, son así vistos en nuestras calles como territorios públicos. Un ejercicio de poder sistemático de un sistema patriarcal que

³ Según Max Weber, el tipo ideal es un concepto que se utiliza para aprender los rasgos esenciales y absolutos de ciertos fenómenos sociales. Los tipos ideales son construcciones conceptuales que no pueden encontrarse empíricamente en la realidad. (Weber, 1964)

⁴ *Y yo ese día me acuerdo patente que tendría no sé, 13 o 14 años y que vayan y me digan 'ay que...' y que otro loco le diga 'no, no, es la hermana de Mati'. Yo escuché y llegué a casa y le conté. Y mi hermano se le cayó la cara y me dijo 'ta, no está bueno que te respeten por el simple hecho de que soy tu hermano.' Y yo en ese momento hice un clic y ta... Como que en el momento convivís con eso y es normal. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

⁵ *"- Y a veces hablar con un hombre... me ha pasado tener que hablar con un hombre... hay que atomizar a todo lo que sería amigos para empezar a ver si se puede hacer un cambio... no... es como súper difícil que entiendan lo que vos estás sintiendo. O sea qué estoy sintiendo cuando vos me decís qué lindo culo que tenés. Eso, como el sentir el..."*

⁶ *No, el miedo que me quiten como mi integridad solamente por el hecho de estar caminando por la calle sola, o sea, ta eso, como que no ando re asustada... pero en el momento que te encontrás en una situación que estás sola en la calle, es como que... (...) - Aparte... por más que no te digan nada... vos caminando de noche y atrás tuyo vienen tres tipos y... vos vas quietita y cada vez más rápido... y cuando llega el momento... a mí me pasó que llegó un momento que estaban corriendo y no me había dado cuenta. No me hicieron absolutamente nada pero ta... Sí pero ya sabés que puede pasar. Claro. Yo creo que un hombre con dos mujeres atrás va campante feliz mirando la vidriera... las casas y esto. Está como adentro de nosotras. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

liga a las mujeres a los espacios privados pero, simultáneamente, sus cuerpos en el habitar urbano son territorios públicos de posible enunciación y conquista.

Como vimos anteriormente, el transitar de las mujeres por las calles de Montevideo está fuertemente condicionado por nociones asociadas al miedo y la inseguridad, que mucho tienen que ver con la forma que adquiere la presencia imperante del hombre en el espacio público. Esto segrega a las mujeres de ciertos espacios o condiciona su paso por las calles. Lo cual resulta indivisible del acoso sexual callejero, que oficia como un condicionante más del uso que las mujeres pueden darle a la ciudad. En palabras de Bowman, existe una “ghetización” de la mujer a partir del acoso, la restricción o marginalización del espacio público. Lo cual se traduce en que las mujeres deben tomar precauciones de antemano al respecto: cambian rutas, cuestionan sus propias actitudes o las de sus pares mujeres, cambian su vestimenta, y condicionan las horas a las que transitan por la ciudad, sólo porque se ha normalizado esta cultura del acoso en nuestras calles (Martin de la Maza, 2014).⁷

Naturalización-normalización del acoso

La interpretación de la prevalencia de la violencia basada en género implica considerar el modo en que las mujeres experimenten un conjunto de experiencias cotidianas. En este sentido, es extensa la bibliografía que señala que la identificación de una vivencia como violenta (tanto en sus formas más extremas como la violación u otras como cometarios de tipo sexual) son variables en función del modo en que se perciben por la persona que los recibe y el contexto en que se desarrolla la acción (Esacove, 1998; Fairchild, 2010; Yagil et al., 2006). Varios estudios han señalado algunos factores que pueden incidir en el modo en que las mujeres perciben las acciones como violentas. A modo de ejemplo, en relación al acoso callejero, Esacove's (1998) considera que existen características de la situación y del agresor que son percibidas como “amenazantes” y otras como “no amenazantes.” Dentro de los primeros, destaca la insistencia con la que el agresor se aproxima, la cercanía física, el hecho de estar en un lugar desolado o durante la noche, el tono de la voz, la diferencia de edad, entre otros factores.

Por otra parte, de acuerdo a los estudios nacionales recientes, en un contexto de discusión entre mujeres respecto a las situaciones que viven cotidianamente en las calles de Montevideo, de modo independiente a las percepciones individuales iniciales, a partir del diálogo, rápidamente el grupo llega al consenso de que se sienten “objetivizadas”, “vulnerables” o “incómodas” con estos hechos al transitar la vía pública⁸. Por tanto, la reflexión y el diálogo respecto al acoso sexual callejero también inciden en el modo en que éste se percibe. En particular, actualmente en Montevideo la identificación de estas vivencias como un ejercicio de violencia es el lugar común al que arriban las mujeres al intercambiar opiniones.

En este sentido, uno de los principales problemas del acoso sexual callejero es su naturalización. Si bien es visible en las interacciones cotidianas a la vez es un fenómeno del que habitualmente se habla muy poco (Martin de la Meza, 2014). Se trata de una expresión que se estructura por dos razones. En primer lugar, la naturalización está dada por su invisibilización cotidiana: no quedan dudas, observando lo que manifiestan las mujeres en los grupos de discusión, que el acoso es parte de su día a día y ninguna

⁷ *Claro, pero vos tenés que estar dispuesta a soportar un montón de cosas por el simple hecho de vestirme cómo querés... - Yo llega un momento que decís si yo vengo acá a tomar o fumar algo, yo me quedo acá. O sea, llegar... sean los nueve de la noche... si quiero llegar a tomar algo, relajarme, yo no me voy a ir. Sí, porque me pasaba que yo trabajaba en (menciona dirección), en un hostel, y vivo en (menciona dirección). Entonces se hacía de noche Ejido, 18, Gaboto... tres o cuatro de la mañana. Y sí a veces había tomado un par de cervezas entonces tenía que estar más atenta a lo que estaba pasando... no había nadie en 18. Era como... me dio tanto miedo... ir en bici por 18 de Julio, o ir en bici por cualquier otra calle. Me generó una persecución tan grande que no quiero pasar por eso. O sea, si quiero salir a tomarme una con mis amigos, quiero por lo menos terminar la noche bien. (mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

⁸ Conclusiones arribadas a partir de grupos de discusión entre mujeres realizados en el marco del proyecto “Habitar urbano en Montevideo” ejecutado por la Facultad de Ciencias Sociales en convenio con la Intendencia de Montevideo en 2017.

parecería estar librada de ello. En este sentido, es necesario evidenciarlo en tanto se entiende que su naturalización colabora con su invisibilización como problema social.⁹

Montevideo vista desde el acoso sexual callejero

Diferentes estudios comparativos nos permiten observar que el acoso sexual callejero parece estar instaurado, en mayor o menor medida, en gran parte de los países.¹⁰ Sin embargo, interesa aquí ver cómo Montevideo se encuentra atravesada por estas interacciones sociales y cómo esto también estructura el transitar de sus habitantes. Montevideo resulta, para las mujeres, una ciudad limitada en su posibilidad de habitarla, el acoso sexual callejero condiciona su paso por la ciudad, con sus fronteras tanto espaciales como temporales. De este modo, lo que las mujeres dicen sobre el acoso sexual callejero en determinados espacios, calles o zonas, también hace a su propia construcción.¹¹ Se observa entonces que las mujeres lidian a diario con este tipo de situaciones y las incorporan en su visión y uso general de Montevideo. De modo tal que el mismo se vuelve una combinación de estrategias cotidianas para evitar estas situaciones.

Las estrategias que las mujeres usan para evitar el acoso sexual callejero se desprenden con facilidad de la descripción de su cotidianeidad. Cinco estrategias para el habitar urbano emergen con distinta frecuencia pero de forma constante en sus discursos: el uso de auriculares para no escuchar lo que les dicen; utilizar la bicicleta como un medio de transporte seguro; elegir la ropa según los traslados que van a hacer o los lugares por los que van a tener que pasar; tener el horario nocturno como una limitante para transitar la ciudad por un claro sentimiento de exposición y vulnerabilidad; y, por último, trasladarse acompañadas, ya que "avisame cuando llegues" parece ser una frase clave en el habitar urbano nocturno de las mujeres en nuestra ciudad.¹²

⁹ *Lo tenemos tan asimilado que sabés que te van a decir algo, vas preparada, ves un tipo, dos tipos, lo tenés asimilado. - Lo que me parece más interesante es que se visibiliza como algo negativo, eso que pasó toda la vida - ¿Y creen que todas las mujeres perciben como más o menos así esto o es diferente? - No. Yo creo que todas, ya desde la adolescencia (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)*

Esas boludeces permanentes... La diferencia de la ropa, la hora de manejar, esas cosas se notan pila, salado. Y son como cosas diarias, permanentemente (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

¹⁰ Ver: Acoso callejero en Ottawa (Hollaback, 2013); El estado de nuestras calles: Un reporte de acoso callejero en Boston (Hollaback, 2013); Encuesta de acoso callejero (Croacia) (Hollaback, 2012); La experiencia de ser acosada en la calle en Nueva York: Resultados preliminares de un estudio cualitativo (Hollaback, 2012) Polonia tiene el poder para terminar con el acoso callejero (Hollaback, 2012) Acoso callejero en Estambul (Hollaback, 2012).

¹¹ *"El otro día porque tenía una pollera y unas medias cancan cuatro tipos me pasaron seguidos por 18 de Julio, los cuatro me dijeron cosas. Eran las doce de la noche y yo estaba sola. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

- No, no... ni siquiera... también es como esto... justo hoy contaba, iba por el Paso en una calle y un tipo en un moto, pasó, me agarró la nalga... - A mí también me pasó. -... y me tiró... o sea me llevó diez metros pero calzada de la nalga (risas) ¿entendés? Que yo quedé sin poder alejarme, no entendía lo que estaba pasando... y después me quedé pensando qué tengo que hacer yo en esa situación ¿le doy una patada a la moto? (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)

Sí depende del contexto y depende de que tanto... o sea, me violenta siempre pero hay veces que me violenta más que otras veces. - Yo a un taxista le dije... pero tuve suerte que le dije pará, me bajo acá. Dale. Nos cagamos a pedo. Me bajo y me dice no me golpees la puerta. Y... hice pa. En eso que hice pa, puso el freno de mano, en eso que abre la puerta venía otro taxi y me subí. Pero eran las tres de la mañana en el medio de Nueva Palmira, o sea que sí no venía el otro taxi... (Mujeres Jóvenes, NSE medio-alto)

¹² *"- Yo lo vivo más así como que no me produzco mucho a fin de que (se ríe) sí claro porque si voy muy producida, suena re machista pero es así, si querés ir pa' que divina anda en taxi o en lo que sea porque si vas caminando o en ómnibus te miran raro por lo menos no sé, por lo menos mi percepción es esa yo que sé si una va con lo que se maneja siempre como que ta no llama tanto la atención y ta" (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

"A mí me parece que, como ella, que sea lo que sea está fuera de lugar, más que nada por eso voy con los audífonos porque si no tuviera los audífonos le pagaría a alguien o... - Yo como no salgo mucho, me manejo más que nada en la bici y eso voy al ritmo que yo quiero y si veo que alguien se me acerca yo puedo salir rápidamente." (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)

Sí. O sea por ejemplo ahora me puse los audífonos cuando salí de mi casa y me los saque en el ascensor cuando llegue acá y ahora salgo de acá y lo mismo Yo voy a hacer los mandados o sea entro al supermercado con los audífonos (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)

Por otro lado, más allá de desarrollar estrategias para evitar el acoso, en algunas ocasiones, las mujeres responden al mismo a modo de enfrentamiento. La frecuencia con la que esto sucede está fuertemente atravesada por las características de la situación específica y qué tan segura se sienta de no recibir una agresión mayor en respuesta. En otras palabras, no es posible decir que hay mujeres que responden a estos agravios y otras que no, ya que la posibilidad de respuesta está fuertemente condicionada por la situación en la que se da el acoso. Hay variables clave que parecen habilitan o impedir las respuestas de las mujeres: en primer lugar, la frontera temporal, en general por la noche las mujeres se sienten más vulnerables y deciden no responder a estas situaciones; en segundo lugar, estar acompañadas, que haya otras personas en esa calle o que la mujer esté caminando con otras personas da una mayor sensación de seguridad y por tanto mayor capacidad de reacción y demostración de molestia frente a este tipo de acoso.¹³

Como dijeron las participantes de los grupos, “las reacciones son tan diversas como diversas son las mujeres en sí mismas”, pero la discusión sobre si responder o no a estas situaciones está presente de forma constante en la conversación grupal.

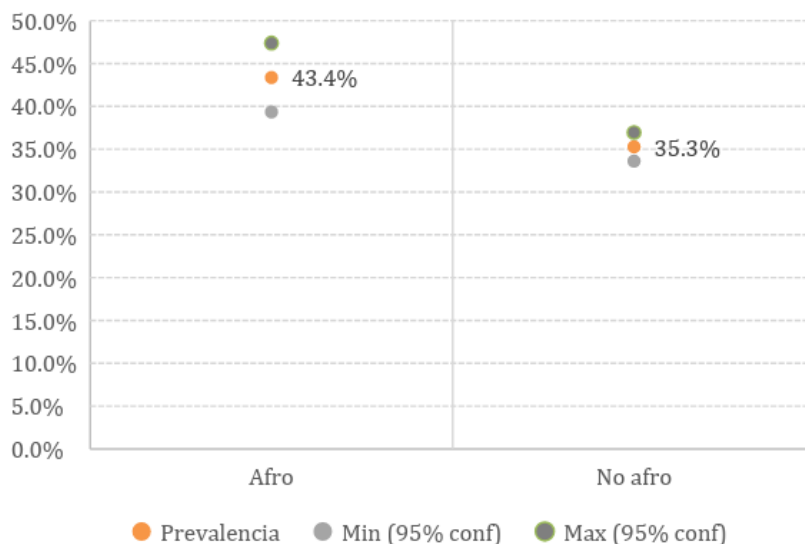
Interseccionalidad

Para finalizar este apartado, resulta pertinente mencionar aquí algunos elementos que emergieron en otros grupos de discusión que tuvieron lugar con otras poblaciones, donde pudimos observar que el acoso sexual callejero para potenciarse cuando se suceden algunas intersecciones específicas. Puntualmente en el caso de las mujeres afro pudimos observar una hipersexualización de sus cuerpos en el habitar urbano, una mayor intención de “territorialización” de los hombres sobre sus cuerpos. Por otro lado, en el caso de las mujeres trans se observa que el acoso sexual sostiene las mismas características pero roza mayores niveles de hostigamiento y degradación de sus cuerpos.

En lo que refiere a las mujeres afro, podemos observar a través de la Primera Encuesta Nacional de Violencia Basada en Género y Generaciones que existe mayor prevalencia de acoso sexual en espacios públicos entre las mujeres afro, frente a las mujeres no afro:

¹³ *Sí, antes los insultaba con una amiga le llegamos a tirar piedras a uno (se ríen) es un desubicado entonces. - ¿Y las veces que reaccionaste así insultando o algo como te ha salido esas veces? - Se van, esa vez se fue pero después los ignoro o los insulto y sigo caminando (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)*

Gráfico 7. Prevalencia de acoso sexual en espacios públicos entre mujeres de 15 años o según ascendencia étnico-racial afro. País urbano¹⁴, 2013



Fuente: Elaboración propia en base a Primera Encuesta Nacional de Violencia Basada en Género y Generaciones, INE, 2013

Estos datos nos permiten señalar que existen diferencias estadísticamente significativas en la prevalencia del acoso sexual callejero según ascendencia étnico-racial de las mujeres. En este sentido, a partir del Gráfico 7 se observa cómo casi un 10% más de las mujeres afro descendientes declara haber vivido este tipo de violencia en los espacios públicos en su vida que aquellas que poseen otras ascendencias étnico-raciales. Este hecho se encuentra en consonancia con la amplios antecedentes que destaca la importancia de analizar cómo la violencia basada en género y el racismo estructural se encuentran interconectados (Beramendi et al, 2015; Marciales, 2015). En particular, algunos antecedentes han mencionado formas particulares, como la hiper-sexualización, en que se expresa el racismo hacia las mujeres afrodescendientes (Lamborghini et. al., 2017) que podrían aportar a la comprensión de estas diferencias en la prevalencia de la violencia basada en género.

Miedo de ser mujer: aislamiento, oscuridad y reclusión

La inseguridad ciudadana se ha vuelto un tema recurrente en los últimos años que atraviesa el discurso público, político y mediático. Este término, “inseguridad ciudadana,” suele asociarse y traducirse con frecuencia al miedo, fundamentalmente al miedo urbano con sus múltiples facetas, rostros o estrategias de enfrentamiento que se encarnan en cada ciudadano (Filardo & Aguiar, 2010).

El “miedo urbano” o el “miedo en la ciudad” se ha constituido como un objeto de estudio frecuente para diversas disciplinas en las últimas décadas. En este sentido, el modo en que se define, se aborda metodológica y conceptualmente es variado y posee múltiples aristas. En particular, la perspectiva del habitante alude a la forma en que los ciudadanos significan, viven, y habitan la ciudad. Desde este enfoque, al hablar de “miedos” adquiere particular relevancia aquello que importa a los individuos sobre lo que lo provoca: a quienes perciben como sujetos peligrosos o en qué lugares, situaciones, momentos o circunstancias (Filardo y Aguiar, 2010).

En este sentido, interesará aquí, por un lado, analizar los miedos urbanos en tanto experimentación e interpretación del espacio urbano y no únicamente a partir de las experiencias de victimización. Desde esta perspectiva, interesa aquello que los sujetos dicen respecto a quiénes perciben como sujetos

¹⁴ Se considera la información sobre el total país urbano en lugar de Montevideo por representatividad de la información según ascendencia étnico-racial afro.

peligrosos, dónde se sienten inseguros, en qué situaciones, momentos o circunstancias así como el modo en que los individuos calibran los factores protectores y de riesgo al transitar la ciudad.

Por otro lado, en la producción de dichos miedos operan múltiples factores, experiencias de vida (encarnadas en los sujetos), pautas de socialización, construcciones discursivas y mediáticas que adquieren contenidos diferenciados según género (Filardo, 2012). En este marco, el objetivo será colocar el foco en aquellas experiencias y vivencias de miedo a la ciudad que emergen como específicas (o con especial relevancia) para las mujeres. Se trata de temores particulares que se encarnan de modo distintivo entre éstas. El género, entonces, se erige como un elemento relevante para la identificación de imaginarios geográficos derivados de simbolismos, poder y significados que estructura distintas experiencias de segregación en el habitar urbano.

Cronotopos genéricos: callejones estrechos y noches solitarias

Las diferentes formas de pertenencia espacial de género que se expresan, en términos de E. Soja (2000) en la “ciudad vivida,” son indisolubles del espacio representado e imaginado. La experiencia en el habitar la ciudad no se reduce únicamente a su materialidad, sino que se encuentra imbuida de emociones, sentimientos y recuerdos que la estructuran (Ortega, 2000; Bailly, 1989; Soto, 2011). Este espacio, el vivido, se superpone con el físico o material a la vez que lo trasciende (Filardo y Aguiar, 2010), se apropia de lo real de modo tal que el espacio es simultáneamente real e imaginado.

Desde esta línea argumental, el espacio vivido va íntimamente ligado a los procesos emocionales que dan lugar a sentimientos agradables o desagradables, transformando al espacio urbano en un depositario particular de significados (Bailly, 1989). En este marco, los estudios sobre geografía de género han utilizado a esta perspectiva como camino analítico para identificar aquellas dimensiones imaginarias de lo urbano, el sentido del lugar, el paisaje, la violencia y el miedo (Soto, 2011). Así, el “miedo a los espacios” se ha vuelto un objeto privilegiado para comprender el vínculo entre espacio urbano y construcción genérica de las identidades. Los “callejones estrechos,” las “calles arboladas que no permiten ver la luz,” emergen en el imaginario de las mujeres como espacios particulares de evocación del miedo¹⁵.

Por otra parte, el miedo en la ciudad no siempre hace alusión únicamente a los espacios, sino que el miedo es situado, se inscribe tanto en dimensiones temporales como espaciales. Tiempo y espacio operan como dos componentes dinámicos entre sí (Filardo, 2012). En este sentido, los “cronotopos,” imágenes y prácticas que evoca la interrelación entre tiempo y espacio (Del Valle, 2000) se encuentran imbuidos de género y corporeidad. El miedo a la oscuridad o a la noche también marca y delimita fronteras en las posibilidades de uso de los espacios urbanos. En la noche, la percepción de los espacios cambia: “La Ciudad Vieja es un descampado,” “Propios es tierra de nadie,” “Villa Española es otro mundo” hacen alusión a imágenes evocativas de fronteras temporales en el uso de los espacios.¹⁶

Las dimensiones espacio-temporales conforman imágenes, evocan emociones que estructuran las posibilidades de uso y circulación de modo específico para las mujeres. Los espacios solitarios, descampados, estrechos en momentos de oscuridad evocan imágenes de amenazas y sentimientos de vulnerabilidad para éstas. En términos de Del Valle (2000) “en toda esta experiencia hay una dimensión más amplia de aquellas narraciones, prácticas creadoras de imágenes. Sobre el miedo permea un

¹⁵ “Esas calles que son más chiquitas como que yo me siento como que no puedo salir. - Entre el cementerio del Buceo y el cementerio inglés hay una calle... como un pasaje. Bueno, esa calle cuando voy... aunque sea la una o las dos soy yo y las dos paredes del cementerio. -Claro, esa sensación de ir caminando por una calle vacía... a mí me... aunque sea al mediodía, camino rápido.” (Mujeres adultas mayores, NSE medio-alto)

¹⁶ “Sí pero siempre llega la noche. Hasta las siete de la tarde está demás Ciudad Vieja, u ocho... después viene la noche y es como un descampado. (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)
Es intrasitable Propios a la noche, que no funciona el mercado, es tierra de nadie. (Mujeres adultas, NSE medio)
Villa Española, cambia de una cuadra a la otra increíble y de noche es otro mundo. (Mujeres adultas, NSE medio)

sentimiento de impotencia vinculado al sentimiento individual unas veces, pero que se nutre de imágenes compartidas en colectividad de verse a merced de fuerzas incontrolables” (2006: 219).

La agresión sexual como amenaza

Al entender el miedo en la ciudad como la percepción del riesgo a ser víctima de violencia y/o delitos en la ciudad, los estudios antecedentes han señalado con frecuencia que no existe una necesaria correspondencia entre el miedo como emoción y probabilidad real de ser víctima de un delito (Filardo y Aguiar, 2010). En este marco, suele sugerirse el análisis de la “percepción de inseguridad” o miedo a la violencia de modo independiente al análisis específico de los delitos, dado que se trata de dimensiones con dinámicas diferenciadas y con dudosa (o desconocida) correspondencia entre sí.

En el sentido de lo anteriormente expuesto, aquellos estudios que analizan las percepciones diferenciadas de miedo a la violencia entre varones y mujeres suelen destacar que si bien los varones son víctimas de delitos en la ciudad en mayor proporción que las mujeres, éstas son quienes sienten mayor temor (Falú y Segovia, 2007). En Uruguay, no existen relevamientos sistemáticos que permitan realizar este tipo de afirmaciones de modo concluyente, sin embargo, existen estudios parciales que habilitarían pensar que nuestro país no es la excepción a este hecho. A modo de ejemplo, una encuesta a nivel nacional realizada en 2013¹⁷ permite dar cuenta de que mientras un 40,1% de los varones fue víctima de un delito en los últimos 5 años, un 36% de las mujeres ha vivido este tipo de situaciones. Sin embargo, al analizar cuan probable piensan que es que esto les ocurra durante el próximo año, un 63,5% de los varones expresa que es probable o muy probable frente a un 70,5% de las mujeres.

Este hecho ha despertado diversas interpretaciones, mientras que algunos autores señalan que el miedo de las mujeres posee cierto carácter “irracional” (Koskela y Pain 2000; Pain 1991), las teóricas feministas han argumentado que la falta de concordancia entre miedo y la probabilidad de ser víctima de un delito en este tipo de encuestas se debe a la limitaciones de estas herramientas, fundamentalmente, por la ausencia de consultas respecto a ciertos tipos de violencia que viven en particular las mujeres como los delitos sexuales (Falú y Segovia, 2007; Del Valle, 2000; Metha y Bondi, 2010; Soto, 2011).

Sin embargo, el interés aquí no se concentrará en dar respuesta a la correspondencia (o falta de la misma) entre el sentimiento de miedo y la probabilidad de ser víctima. Sino, más bien, en analizar el miedo desde la perspectiva de quien lo experimenta dado que, como lo expresa Thomas (1923), “si las personas definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias.” Es decir, en tanto el miedo existe, es real en la medida que condiciona las conductas y comportamientos individuales y sociales (Filardo y Aguiar, 2010).

Al analizar aquello que provoca el miedo en las mujeres o las particularidades que el miedo en la ciudad adopta para éstas, la literatura especializada señala que existe un temor representado por el miedo a la posible amenaza de agresión sexual en estos espacios (Falú y Segovia, 2007; Del Valle, 2000; Metha y Bondi, 2010; Soto, 2011). Se trata de miedos silenciosos, no explícitos pero que emergen en los grupos de discusión cuando las mujeres refieren al miedo a “perder la integridad” o el miedo “de ser mujer.”¹⁸

¹⁷ Encuesta realizada en 2013 en localidades de más de 5.000 habitantes de todo el territorio nacional por la Comisión Nacional No a la Baja con el apoyo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y la consultora Focus, encargada del trabajo de campo.

¹⁸ No, el miedo que me quiten como mi integridad solamente por el hecho de estar caminando por la calle sola, o sea, ta eso, como... ando re asustada... pero en el momento que te encontrás en una situación que estás sola en la calle, no sé qué... a mí no me viene miedo a que me vengán a robar... - El miedo de ser mujer y lo que puede llegar a pasar siendo mujer, o sea, mi mayor miedo es que me pueda llegar a pasar algo... no que me vengán a robar, realmente no es lo que me importa. Si me venís a robar está todo bien... no, no está todo bien pero llévate todo lo que quieras, sino eso, la inseguridad en eso... - Sí, el miedo viene por otro lado. Yo también soy bastante contestataria pero también muy en el día... de noche no ando... o sea, salgo de algún lado y me tomo un taxi.- Esa es la realidad, uno en Montevideo... que no podés salir sola, que no tenés que salir de noche... y ta...(Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

Se evidencian, entonces, miedos específicos, encarnados en los cuerpos de las mujeres y evocados por referencias concretas espacio-temporales: las calles desiertas por la noche. Teóricas feministas que han reflexionado sobre este tema, interpretan el “miedo a la noche” como una metáfora en la que, de acuerdo a Alessandra Bocchetti (1996: 94) el punto de partida es un “sentimiento más o menos secreto, más o menos negado, que es el miedo a los hombres.” Hablan, en este sentido, de miedos encarnados a partir de la socialización de las mujeres: la soledad como evocadora de la fragilidad y vulnerabilidad; y la oscuridad que despierta un miedo genérico a la plausibilidad de la agresión sexual. Es en base a esto que Teresa del Valle (2000) identifica a estos espacios como “no lugares” utilizando la conocida denominación de Marc Augé (1995) del siguiente modo: “En cuanto a la reflexión sobre la relación entre miedo y “no lugar” encuentro que el miedo se sitúa en el no lugar, en aquel donde al amparo de la oscuridad, de la noche, se da el anonimato. Allí donde se desvanece la identidad personal para pasar a ser un mero objeto de la agresión. La experiencia del miedo en un no lugar bien sea real o imaginario repercute en las generalizaciones que elaboran las mujeres en las que engloban a todos los hombres en el anonimato de “los agresores” por encima de identidades concretas, aquellas que se generan en los lugares” (del Valle, 2000: 222).

Estrategias de enfrentamiento: control y reclusión

El miedo, en tanto emoción que experimentan las mujeres, posee consecuencias directas en acciones de prevención, restricción de los circuitos, horarios de uso y tránsito por la ciudad. En este sentido, caminar o salir solas por la noche es percibido como un riesgo a evitar de modo frecuente por gran parte de las mujeres de modo independiente a su edad o nivel socioeconómico.¹⁹

Hay mujeres que elaboran estrategias para superar el miedo a la oscuridad y soledad percibidas como amenazantes: acelerar el paso, tomar un taxi, entre otras. Ahora bien, dichas estrategias son diversas y varían significativamente en función de la edad y el poder adquisitivo que las mismas tengan. Mientras que las más mayores evitan las salidas reclusándose al hogar, las más jóvenes tienen mayor movilidad pero igualmente toman medidas para disminuir los riesgos.

Las mujeres adultas mayores suelen ser quienes sienten mayor vulnerabilidad frente a una posible agresión. Con frecuencia, éstas narran evitar de modo tajante salir por la noche y quedan recluidas a sus hogares por sentir que en esos momentos “no tienen lugar.”²⁰ Por otro lado, las más jóvenes, si bien suelen salir con mayor frecuencia a actividades nocturnas, perciben la movilidad como un problema: caminar no es una opción posible, los ómnibus tienen poca frecuencia, los taxis pueden resultar costos, la bicicleta presenta riesgos. Se limitan las opciones y las dificultades son difíciles de sortear. De este modo, evitan salir solas o, aquellas que pueden costearlo pagan servicios como taxi o Uber, pero la circulación por la noche se vuelve una restricción o un costo al que no todas pueden acceder. Se trata de un costo que, a la vez, se impone a las mujeres de modo diferencial respecto a los varones, mientras que un 81% de las mismas usan los servicios de taxi con frecuencia, solo un 19% de los varones lo hace (PNUD Uruguay, 2012).²¹

Más aún, incluso aquellas que pueden acceder a pagar un taxi identifican otras dificultades no vinculadas a su costo económico. Por un lado, no en todos los lugares de Montevideo se encuentra un taxi

¹⁹ *Sí, yo no camino ni en pedo de noche. - Esa es la realidad, uno en Montevideo... que no podés salir sola, que no tenés que salir de noche... y ta... (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

²⁰ *“Pienso que no tienen donde salir las personas mayores... yo no salgo de noche... - Se meten más con la gente mayor y con la gente que para correr les cuesta más... las mujeres son un blanco. Con el varón no se meten tanto porque tienen miedo de la represalia.”*

²¹ *“No, salir salgo pero ta, me tomo algo.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)*

“De noche no ando... o sea, salgo de algún lado y me tomo un taxi.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

“Claro... caminado no voy... en taxi ta, ponele que en un momento tenés un poco más de seguridad... ta, no me da la plata, entonces ta, taxi lo descartamos. Ómnibus no tenía ninguno... y qué... bueno, bici, vamos en la bici. Y en la bici también...” (Mujeres jóvenes, NSE medio-bajo)

disponible con rapidez.²² Por otro lado, y aún más preocupante, las mujeres suelen temer a los taxistas por miedo a vivir una situación de acoso por parte de los mismos. Narran situaciones en las que han debido bajarse en medio del camino o desarrollan estrategias para evitar comunicarse con el taxista, como fingir conversaciones telefónicas.²³

Las consecuencias y posibilidad de despliegue de estrategias que representa el temor a la noche y la soledad son distintas para las mujeres. No obstante, todas ellas perciben correr riesgos.²⁴

Finalmente, las mujeres señalan como una frecuente estrategia de enfrentamiento del miedo a la oscuridad el transitar acompañadas en los espacios públicos y, preferentemente, en compañía de un varón.²⁵ A la vez, entre ellas suelen asegurarse constantemente de la “llegada a salvo” de las mujeres a su hogar en caso de que hayan salido por la noche.²⁶

Autoras como Teresa del Valle (2000) identifican el miedo a los espacios solitarios y oscuros como un mecanismo poderoso para recluir a las mujeres en “espacios seguros” y ejercer control sobre su movilidad. A la vez, Metha (2010) señala que tanto el temor que experimentan como las estrategias que desarrollan para enfrentarlo, pueden ser entendidos en términos de producción y reproducción discursiva de las identidades de género. De este modo, el miedo afianza el sentimiento de vulnerabilidad y la necesidad de control de los hombres sobre los cuerpos de las mujeres.

Consecuencias y restricción de derechos

Se ha observado cómo en el espacio urbano se actualizan, producen y reproducen las construcciones culturales de género materializadas en movimientos, actitudes, prácticas, conductas y emociones. El análisis de los modos en que interiorizan sus miedos en la ciudad y las experiencias cotidianas de acoso sexual callejero aportan elementos para analizar cómo la lógica con que opera el género estructura y organiza el espacio y el tiempo.

El acoso sexual callejero emerge como un fuerte condicionante en el transitar de las mujeres en nuestra ciudad. El suyo parece ser un cuerpo en disputa en el espacio público, sobre el cual los varones tienen derecho a opinar, quitándole autonomía. De esta forma, el espacio público se construye como territorio masculinizado (siguiendo la lógica de una masculinidad hegemónica), en el cual las mujeres se ven obligadas a recurrir a diferentes estrategias para su enfrentamiento.

El miedo urbano, por su parte, impacta en el derecho al uso de la ciudad, en la integración y cohesión social así como en la calidad de vida de las personas. En este sentido, las mujeres encarnan miedos específicos al transitar los espacios urbanos que se expresan en referencias concretas espacio-temporales: las calles desiertas por la noche. “La noche” como metáfora de la soledad, que evoca fragilidad y vulnerabilidad, y de la oscuridad, que anula las referencias cotidianas despertando un miedo genérico a la plausibilidad de la agresión sexual. Se trata de temores que evidencian cómo tanto el espacio como el tiempo delimitan fronteras de segregación social, usos diferenciados de la ciudad y posibilidades de circulación.

²² “Hay zonas que están los árboles que no ves la luz, eran las ocho de la noche, cayendo el sol, te juro que sudé y le dije, me puse tan nerviosa que me perdí, prendí el GPS del teléfono, ya estaba...no para un taxi, es tremendo, es un lugar muy complicado.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

²³ “Pero a mí también me pasó mil veces que te tomes el taxi y que el tipo del taxi te diga cualquier cosa. Y yo les tengo más miedo porque digo ta me bajo. - Sí tenés que generar el ‘ay, estoy en tal taxi, si estoy yendo...’ no estás hablando con nadie... o boludeces de esas.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

²⁴ “Son estrategias de supervivencia que en realidad no tendríamos por qué estar haciendo...” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

²⁵ “Poder andar de noche no sé, yo no... a mí me encanta ir al Prado y después de las 7 sola no puedo ir, tengo que ir con un varón o sea eso me encantaría, igual que la plaza de a la vuelta de mi casa es preciosa pero de noche no sé con otra amiga, no.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

²⁶ “Recibo mensajes de mis amigas de... ay llegaste. O sea yo todas las noches que salgo... mis amigas... llegué, llegué, llegué. Ta, la fija.” (Mujeres jóvenes, NSE medio-alto)

La oscuridad y soledad, entonces, condensan significados de miedos profundamente arraigados para las mujeres. La superación y el despliegue de estrategias para su enfrentamiento habilitan la conquista de nuevas vivencias y la posibilidad de ejercer el dominio sobre el propio cuerpo y la autonomía en el tránsito por la ciudad.

Frente a esta realidad, las posibles estrategias que las mujeres utilizan tiene que ver con la utilización de transportes “más seguros” que no las hagan transitar las calles: Taxi y/o Uber. En este sentido, se puede observar que estos medios de transporte son una posibilidad en tanto se tenga un nivel socioeconómico de, al menos, necesidades básicas satisfechas, en muchos casos es más un “lujo” que una posibilidad real. Aquí podemos ver como se expresa la interseccionalidad entre el nivel socioeconómico y las formas de circulación, donde el acoso callejero opera transversalmente como una posible restricción a la circulación de las mujeres por la ciudad.

Todos estos elementos dan la pauta de cómo el género utiliza como uno de sus principales mecanismos de control la organización del espacio y el tiempo, operando en la vida de las mujeres e imponiendo unos límites y fronteras a la vez que rutiniza y naturaliza con ello prácticas legitimadas para el orden social genérico.

El temor que experimentan a los lugares oscuros, al acoso o a la agresión sexual así como las estrategias que desarrollan para enfrentarlo, pueden ser entendidos en términos de producción y reproducción discursiva de las identidades de género. De este modo, estas construcciones simbólicas afianzan sentimientos de vulnerabilidad y la necesidad de control sobre los cuerpos y circulación de las mujeres.

Podemos afirmar entonces, luego de todo lo observado, que las mujeres habitan la ciudad en un espacio simbólico marginalizado. Este habitar los márgenes simbólicos de la ciudad deviene de ser vulneradas en el espacio urbano, un espacio que les resulta hostil de transitar. Pero es importante una última apreciación en este sentido: si bien las mujeres habitan en los márgenes la ciudad y este habitar está atravesado por la vulnerabilidad y objetivación que enfrentan en la ciudad, no la encarnan en su totalidad, ya que las mujeres logran abrir espacios de construcción de autonomía en esos márgenes.

Esto coincide con la idea de que el género no es un destino inmutable, sino que existen posibilidades para su construcción, donde la construcción de autonomía en los márgenes parece ser una gran trayectoria de autonomía. Esto también puede ser expresado como un proceso de empoderamiento, que da lugar a la posibilidad de cambio y construcción de autonomía. No son estrategias prácticas en el transitar urbano, sino que son procesos de emancipación de estas opresiones, en los márgenes de habitar.

El término empoderamiento deriva de la expresión en inglés *empowerment*, cuya traducción normalmente sería “poderío” o “fortalecimiento”, pero el término también hace referencia a un proceso, a hacerse poderosa, empoderarse. Margaret Schuler, socióloga estadounidense, define el término empoderamiento como un “proceso por medio del cual las mujeres incrementan su capacidad de configurar sus propias vidas y su entorno, una evolución en la concientización de las mujeres sobre sí mismas, en su estatus y en su eficacia en las interacciones sociales” (Shuler en Cornejo, Aranda y Denman, 1997: 190).

BIBLIOGRAFÍA

- Auge, M. (1995) Los "no lugares". Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona, Gedisa.
- Baily, A. (1989) “Lo imaginario espacial y la geografía: en defensa de la geografía de las representaciones”, en Anales de Geografía, núm. 9, pp. 11-19. Madrid, Universidad Complutense.
- Beramendi, C., Fainstain, L y Tuana, A. (2015). “Mirando las violencias contra las mujeres desde una perspectiva interseccional. Desafíos teóricos y metodológicos para su interpretación.” En Guajardo, G. y Rivera, C (Eds.) Violencia Contra las mujeres. Desafíos y aprendizajes en la cooperación sur-sur en América Latina y el Caribe. Flacso, Santiago de Chile, 55-80.
- Bocchetti, A. (1996) Lo que quiere una mujer. Madrid, Cátedra.
- Bonino, L. (2002) “Masculinidad hegemónica e identidad masculina”. En Dossier Feministes 6. Cataluña, España.

- Cornejo, E.; Aranda, P. y Denman, C. (1997). Reseña de "Poder y empoderamiento de las mujeres" de Magdalena de León (compiladora) *Región y Sociedad* [en línea]
- Crouch, M. (2009). Sexual harassment in public places. *Social Philosophy Today*, 25, 137–148.
- Del Valle, T. (2000) "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos." En Del Valle, T. (Coord.) *Perspectivas feministas desde la antropología*. Barcelona, Ariel.
- Esacove, A. W. (1998). A diminishing of the self: Women's experiences of unwanted sexual attention. *Health Care for Women International*, 19(3), 181–192.
- Fairchild, K. (2010). Context effects on women's perceptions of stranger harassment. *Sexuality & Culture*, 14, 191–216.
- Falú, A. y Raineiro, L. (2014) "Hábitat urbano y políticas públicas. Una perspectiva de género" Universidad de Córdoba, Argentina.
- Falú, A. y Segovia, O. (2007) *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. Santiago de Chile, Ediciones SUR.
- Falú, Ana y Raineiro, Liliana (1995) "Hábitat urbano y políticas públicas. Una perspectiva de género.
- Filardo, V. (2010) Miedos urbanos en Montevideo. *RECSO*, V.1, N1, pp 10-34. UCUDAL, Montevideo
- Gaytan Sánchez, P. (2007) "Del piropo al desencanto. Un estudio sociológico." Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México DF.
- Gaytan Sánchez, P. (2007) "El acoso sexual en lugares públicos, un estudio desde la Grounded Theory." en *El cotidiano*, Vol. 22, N 143, mayo / junio 2007, pp 5-17.
- INE (2013) *Primera encuesta nacional de prevalencia sobre violencia basada en género y generaciones*. Informe de Resultados. INE, Montevideo.
- Koskela, H. y Pain, R. (2000) Revisiting fear and place: women's fear of attack and the built environment, *Geoforum*, 31, pp. 269-280.
- Lamborghini, E., Geler, L. y Guzmán, F. (2017). Los estudios afrodescendientes en argentina: nuevas perspectivas y desafíos en un país «sin razas» *Tabula Rasa*, 27, Bogotá.
- Little, J. et al. (eds.) (1988) *Women in cities: Geography and gender in the urban environment*. Basingstoke, MacMillan.
- Martín de la Maza, M. (2014) "El espacio público como territorio sexuado. El acoso callejero desde un enfoque de género" *Revista El topo*, núm. 3.
- Mehta, A. (2010) Embodied Discourse: On gender and fear of violence, *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography*, 6:1, 67-84.
- Ortega, J. (2000) *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona, Arie.
- Pain, R. (1991) Space, sexual violence and social control: integrating geographical and feminist analyses of women's fear of crime, *Progress in Human Geography*, 15, pp. 415-431
- PNUD Uruguay (2012) *Políticas de tiempo, movilidad y transporte público: rasgos básicos, equidad social y de género*. Autor: Diego Hernández. Montevideo, Uruguay.
- Shongut, N. (2012) "La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia." En *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, núm. 2. España.
- Soja, E. (2000) *W. Postmetropolis. Critical studies of cities and regions*. Blackwell, Oxford.
- Soto, P. (2011) "La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. Reflexiones teóricas y reflexiones empíricas" *Revista La ventana*, núm. 7, pp. 7-38. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, México.
- Weber, Max (1964)[1920]. *Economía y sociedad :esbozo de sociología comprensiva /Max Weber*. México : Fondo de Cultura Económica.
- Yagil, D., Karnielie-Miller, O., Eisikovits, Z. y Enosh, G. (2006). Is that a "no"? The interpretation of responses to unwanted sexual attention. *Sex Roles*, 54, (3/4), 251–260

ISBN 978-987-4415-46-2

